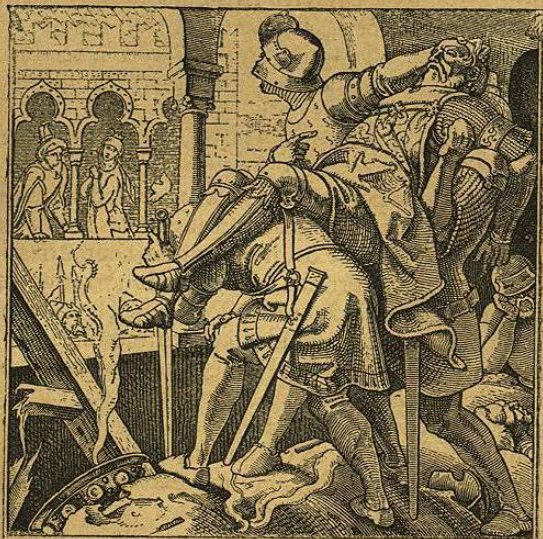


Cuando vieron al margrave muerto, ningún escritor podrá decir ni contar como lloraron hombres y mujeres. Todos sentían el corazón destrozado.



La pena del rey Etzel era también muy grande. Semejantes á los rugidos del león eran los lamentos del rico rey, y lo mismo hacía su esposa. Muchos lloraron la muerte del buen Rudiguero.

## XXXVIII.

DE COMO MURIERON TODOS LOS GUERREROS DE DIETRICH.

**P**OR todas partes se escuchaban tan grandes lamentos que retemblaban las torres y el palacio. Lo oyó uno de los hombres de Dietrich de Berna y se apresuró á comunicar la horrible noticia.

Dijo al príncipe: « Oyeme señor Dietrich, en lo que he vivido no sentí tan grandes lamentos como los que ahora llegan á mi oído. Parece que el rey mismo ha perecido en esta fiesta.

« De otro modo ¿ cómo habían de estar todos en tan grande aflicción? El rey ó Crimilda, uno de los dos, ha muerto por la cólera de esos fuertes extranjeros. Muchos héroes soberbios lloran amargamente. »

El príncipe de Berna dijo: « Mi querido guerrero, no te precipites tanto: cuanto hayan hecho esos extranjeros ha sido obligados por la necesidad: déjales la ventaja de que esté en paz con ellos. »

El fuerte Wolfhart dijo: « Yo iré á la sala para saber noticias de lo que han hecho, y haré saber á mi querido señor cual es la causa de los lamentos que se escuchan. »

El noble Dietrich contestó: « Cuando se espera hallar la cólera, las preguntas importunas irritan al alma de los guerreros: por esto, Wolfhart, no quiero que les preguntes nada. »

Mandó á Helifrico que fuera y preguntara lo que había sucedido, fuera á los hombres de Etzel, fuera á los extranjeros. Nunca habían visto á gente tan profundamente afligida.

El mensajero llegó y preguntó: « ¿ Qué ha sucedido? »

Uno de los que allí estaban le respondió: «Todos aquellos á quienes amábamos en el Huneland, han sido matados. Aquí yace Rudiguero, muerto por los Borgoñones.

«Ninguno de los que habían venido con él ha podido escapar.» La aflicción de Helferico no pudo ser mayor. Nunca había recibido una noticia que le causara tanta pena. Volvió á Dietrich llorando y lamentándose.

«¿Qué habéis podido saber?» preguntó Dietrich, «¿por qué lloráis tanto, héroe Helferico?» El noble guerrero respondió: «Gran motivo tengo para llorar; los Borgoñones han matado á Rudiguero.»

El guerrero de Berna, dijo: «No lo habrá querido Dios. Sería demasiada venganza; sería una jugada del demonio. ¿Cómo puede ser que Rudiguero haya tenido tan triste suerte? Yo sé que es muy amigo de los extranjeros.»

El fuerte Wolfhart, le respondió: «Si han hecho tal cosa, es menester que todos lo paguen con la vida. Si lo sufriéramos, sería una vergüenza, un deshonor. Grandes servicios nos ha prestado el brazo de Rudiguero.»

El jefe de los Amelungos mandó tomar mejores informes. Sentóse á una ventana con el corazón oprimido. Luégo dijo á Hildebrando que se acercara á los extranjeros para saber por ellos lo que había pasado.

El fuerte guerrero en los combates, el maestre Hildebrando, no llevaba en las manos ni escudo ni armas. Quería llegar cortésmente á los extranjeros, pero el hijo de su hermana le hizo una observación.

El furioso Wolfhart, le dijo: «Si váis sin armas, os ultrajarán y tendréis que retiraros de un modo vergonzoso; llevad vuestras armas y os respetarán muchos.»

Siguiendo el viejo, el consejo del joven, Hildebrando tomó sus armas, y antes que lo advirtiera, todos los guerreros de Dietrich tenían las espadas en la mano. Esto causó pena al héroe y hubiera querido evitarlo.

Preguntó á dónde querían ir: «Nosotros queremos ir contigo, porque Hagen de Troneja es tan osado, que podría hablaros con desprecio, como hace con frecuencia.» Cuando escuchó esto, el héroe accedió á los deseos de los guerreros.

Vió el fuerte Volker como avanzaban los guerreros de Berna, la gente de Dietrich, con las espadas ceñidas y los escudos al brazo y lo hizo saber á sus señores de Borgoña.

El músico dijo: «Se aproximan hacia acá en actitud hostil los hombres de Dietrich, armados y cubiertos con el yelmo: querrán atacarnos y me parece que nos ocurrirá una desgracia.»

Sin tardar más llegó Hildebrando: puso á sus piés su adornado escudo y preguntó á los que acompañaban á Gunter: «Decidme, buenos héroes, ¿qué habéis hecho de Rudiguero?»

«Me ha enviado mi señor Dietrich, para que me digáis si la mano de uno de vosotros ha matado á ese noble margrave, según nos han dicho. Nosotros no podremos sufrir tan dura pena.»

El furioso Hagen, le respondió: «Lo que os han dicho no es mentira; bien quisiera que vuestro mensajero os hubiera engañado y que Rudiguero gozara aún de la vida; lo quería mucho; ya pueden llorarlo para siempre hombres y mujeres.»

Cuando supieron ciertamente que Rudiguero había muerto, lloraron los guerreros como se lo exigía el afecto. Los hombres de Dietrich vertieron lágrimas que caían de sus mejillas á la barba: sentían un grandísimo pesar.

Siegstab, el duque de Berna, dijo: «Ha tenido fin la ventura que Rudiguero nos había proporcionado, después de nuestros días de desgracia. La alegría de un pueblo expatriado yace ahí muerta por vuestras manos.»

El jefe de los Amelungos, el héroe Wolfwein, dijo: «Aun cuando viera muerto á mi padre, no sufriría tanto pesar como con la muerte de Rudiguero. ¿Quién consolará ahora á la margrave?»

Poseído por la cólera, dijo el héroe Wolfhart: «¿Quién guiará á nuestros guerreros en muchas expediciones como el margrave lo hizo? ¡Oh, muy noble Rudiguero, lástima que te hayamos perdido!»

Wolfrando, Helferico y también Helmnot con todos sus amigos, lloraron su muerte. El llanto no dejó preguntar más á Hildebrando. «Ahora, guerreros, haced lo que mi señor me ha mandado.»

«Sacad al muerto Rudiguero de la sala donde han muerto todas nuestras alegrías. Dejad que le tributemos honores al que á nosotros y á muchos hombres ha hecho tan grandes beneficios.»

«Nosotros, como Rudiguero, estamos aquí fuera de nuestra patria; ¿á qué suplicar? Dejad que nos lo llevemos para que lo honremos muerto; lo mismo hubiéramos hecho durante su vida.»

El rey Gunter, respondió: «Ningún servicio es tan bueno como el que hace el amigo á su amigo muerto. Obrar así se llama fidelidad y constancia: con razón queréis honrarlo, os quería mucho.»

«¿Cuanto tiempo rogaremos todavía?» preguntó el héroe Wolfhart. «Ya que hemos perdido nuestro consuelo por vuestra causa y que no nos alegrará su presencia, dejad que lo llevemos á donde se entierran los guerreros.»

A estas palabras, contestó Volker: «Nadie os lo dará, pero entrad por él al palacio donde yace el héroe, con muchas heridas en el corazón, bañado en su sangre. Así será completo el servicio que queréis hacer á Rudiguero.»

El fuerte Wolfhart, respondió: «Dios sabe, señor músico, que no hace falta provocarnos: nos habéis causado grave daño. Si me atreviera delante de mis señores, os ocurriría una desgracia; pero tenemos que estar quietos, no nos es permitido combatir.»

El músico le replicó: «Muy prudente es el que deja de hacer lo que quiere, porque le está prohibido, pero no puedo decir que eso lo hagan los guerreros valientes.» El discurso agradó á Hagen, su buen compañero de armas.

«No será vuestra la jugada», le contestó Wolfhart, desafinaré de tal modo las cuerdas de vuestro laud, que no podréis alabaros cuando volváis al Rhin. Vuestra arrogancia no puedo soportarla sin deshonor.»

El músico, dijo: «Si de mi instrumento rompéis los suaves tonos, mi brazo hará perder á vuestro casco su brillantéz y sin que importe como, regresaré á Borgoña.»

Wolfhart quiso arrojarse sobre él, pero su tío Hildebrando lo contuvo con fuerza. «Creo que no te debes dejar llevar de tu violenta cólera, pues si lo haces, perderás el favor de mi señor.»

«Dejad al leon, maestre; se siente furioso, pero si se acerca á mí», dijo el buen héroe Volker, «aun cuando sus manos hubieran domeñado al universo, le daré un golpe que no le deje hablar en lo venidero.»

La cólera excitó al de Berna. Wolfhart, el bueno y atrevido guerrero, se cubrió con el escudo y avanzó como un leon furioso. Todos sus amigos lo siguieron al momento á la pelea.

A violentos saltos se dirigió contra los muros de la sala, pero el viejo Hildebrando llegó primero: no quería que entrara en el combate antes que él. Pronto hallaron en los extranjeros lo que querían.

El maestre Hildebrando se arrojó sobre Hagen y se oyó crujir las espadas en las manos de los héroes. Su cólera era tan grande, que le brillaban sus ojos. Las dos espadas movían un aire ardiente.

En lo mas terrible del combate, fueron separados por la fuerza y la cólera de los de Berna. El maestre Hildebrando se separó de Hagen y entonces el atrevido Wolfhart acometió al fuerte Volker.

Descargó tan fuerte golpe en el casco del músico, que el filo de su espada se inflamó, pero con tal vigor se lo devolvió el artista, que la armadura de Wolfhart despidió chispas.

Brotaba el fuego de sus corazas, pues la más grande furia animaba á los unos contra los otros. El guerrero Wolfwein de Berna los separó; sino hubiera sido un héroe, no lo hubiera conseguido nunca.

Gunter el fuerte rechazó con poderoso brazo á los terribles guerreros Amelungos. El joven Geiselher dejó tinto con olas de sangre más de un brillante casco.

Dankwart, el hermano de Hagen, era un hombre terrible: lo que en los combates anteriores había hecho de notable contra los guerreros de Etzel, no era más que aire. Ahora se batía con rabia verdadera el hijo de Aldriano.

Ritschart y Gerbart, Helferico y Wichart no se habían hecho atrás en ningún combate: se lo hicieron ver á los guerreros de Gunter. Allí se veía á Wolfrando portarse bravamente en el combate.

El viejo Hildebrando se batía como un loco. Muchos buenos guerreros murieron á manos de Wolfhart y hallaron la muerte ahogados en sangre. Así vengaban la muerte de Rudigüero aquellos guerreros fuertes y buenos.



Cediendo á su cólera se batía el duque Siegstab. ¡Ah! ¡cuántos magníficos yelmos hendió en aquella batalla el sobrino de Dietrich! En la pelea nadie podía portarse mejor.

Como viera Volker el fuerte que Siegstab hacía verter torrentes de sangre por las buenas armaduras, se sintió furioso y se lanzó contra él. Allí hubiera perdido la vida,

Siegstab á manos del músico: Volker le dió tales pruebas de su arte, que con la espada le dió muerte. El viejo Hildebrando lo vengó, según su valor se lo exigía.

« ¡Oh! ¡desgracia! » exclamó el maestre Hildebrando « ¡mi querido señor yace aquí muerto por la mano de Volker! Ya no puede vivir más el músico. » ¿Quién vió á nadie más furioso que el fuerte Hildebrando?

Dió á Volker con tanta fuerza, que los pedazos de su yelmo y las piezas del escudo del valeroso músico

saltaron hasta las paredes de la sala: allí encontró su fin el terrible Volker.

Los hombres de Dietrich se apresuraban en el combate: daban tan fuertes golpes que hacían saltar las mallas de las cotas y las puntas de las espadas volaban. Por debajo de los cascos hacían correr torrentes de humeante sangre.

Hagen de Troneja vió muerto al guerrero Volker: esto era para él la pérdida mayor entre sus amigos y compañeros. ¡Con cuanta furia emprendió Hagen la venganza de su amigo!

« No gozará de su victoria el viejo Hildebrando: mi querido amigo, el mejor compañero de armas que he tenido, ha muerto á manos de ese guerrero. » Levantó su escudo y avanzó, amenazador contra él.

Helperico el valiente mató á Dankwart causando gran pena á Gunter y á Geiselher, cuando lo vieron caer en la revuelta lucha. Su valentía había vengado de antemano su muerte.

( Aunque había allí mucha gente de distintos países y muy poderosos príncipes contra el pequeño grupo, si los cristianos no hubieran estado contra ellos, su valor hubiera bastado para rechazar á los paganos. )

A pesar de todo, Wolfhart seguía saltando acá y allá matando sin tregua á los del acompañamiento de Gunter. Atravesaba por tercera vez la sala del combate, y su brazo derribaba muertos á muchos héroes.

El valeroso Geiselher gritó á Wolfhart: « ¡Oh! ¡qué terrible enemigo hemos encontrado! Noble y valiente guerrero, venid hacia acá; quiero ayudaros á terminar; esto no puede durar más tiempo. »

Wolfhart se volvió luchando hacia Geiselher; cada uno hizo al contrario profundas heridas. Descargó con tanta fuerza contra el rey, que de la cabeza á los pies quedó bañado en sangre.

Encolerizado el hijo de la hermosa Uta, atacó á Wolfhart con horribles tajos. Por muy fuerte que fuera el guerrero, tenía que sucumbir. Nunca un rey tan joven fué más valiente.

Alcanzó á Wolfhart sobre la buena armadura, y de

las heridas brotó la sangre en abundancia. Hirió de muerte al guerrero de Dietrich. Solo siendo un héroe pudo dar un golpe semejante.

Cuando el fuerte Wolfhart recibió la herida, dejó caer el escudo: después con ambas manos levantó una cortante espada con la que hirió al héroe Geiselher á través del yelmo y la coraza.

Uno á otro se habían dado horrible muerte. El guerrero de Dietrich no podía conservar la vida. El viejo Hildebrando vió caer á Wolfhart: en su vida había experimentado mayor pena.

Todos los hombres de Dietrich y Gunter habían muerto. Hildebrando fué al sitio en que había caído Wolfhart, bañado en su sangre, y lo tomó en sus brazos el guerrero fiel y bueno.

Quiso sacarlo fuera del palacio pero pesaba mucho. Aquel hombre mortalmente herido, volvió los ojos hacia su tío, y vió que lo quería sacar de allí.

El moribundo dijo: «Muy querido tío mío, no es bueno que en este momento me dediquéis á mi mucha atención. Defendéos de Hagen; esto es lo que conviene: él siente en su corazón horrible odio.»

«Si mis parientes quieren llorar mi muerte, decidles vos, que sois el mejor, que lloran sin motivo. He recibido honrosa muerte de manos de un rey.»

«Tan bien vengué de antemano mi muerte en esta sala, que tendrán que verter lágrimas las mujeres de muchos buenos caballeros. Si os preguntara alguien, decidle que con mi mano di muerte á más de cien enemigos.»

Hagen se acordó del músico á quien el viejo Hildebrando había quitado la vida, y dijo al guerrero: «Vos pagaréis la pena de mi dolor, pues en el combate habéis dado muerte á muchos guerreros.»

Descargó tan fuertemente sobre Hildebrando que resonó Balmung, la espada que Hagen el fuerte había quitado á Sigfrido después de muerto. El viejo se defendió, pues era muy valiente.

El tío de Wolfhart dió á Hagen de Troneja un fuerte tajo con su espada de acerado corte: pero no pudo herir al vasallo de Gunter. Hagen sí, le atravesó el arnés.

Cuando el maestre Hildebrando recibió la herida, temió más fuertes golpes de manos de Hagen. El guerrero de Dietrich se puso el escudo á la espalda, y á pesar de su herida logró escapar de Hagen.

Ninguno de los guerreros vivían ya sino Gunter y Hagen, los dos héroes terribles. El viejo Hildebrando caminaba bañándose en su sangre, y fué á dar á Dietrich la triste nueva.

Vió sentado y pesaroso al jefe, pero mayor pena iba á hacer experimentar al príncipe. Cuando vió que se adelantaba Hildebrando con la coraza tinta en sangre, le preguntó con gran cuidado qué ocurría.

«Decidme maestre Hildebrando, ¿por qué venís bañado en la sangre de vuestras venas? ¿quién os ha herido? ¿Os habéis batido con los extranjeros en la sala? Os lo había prohibido y debisteis evitarlo.»

Contestó á su señor: «Hagen lo ha hecho; me hirió en la sala cuando quería librarme del guerrero. Trabajo me ha costado escapar con vida de aquel demonio.»

El de Berna respondió: «Con razón os ha sucedido eso, pues habiendo escuchado que la amistad me ligaba con esos guerreros, no debisteis romper la paz que con ellos tenía. Si no fuera una vergüenza para mí os daría muerte.»

«No os irritéis tan pronto en contra mía, señor Dietrich: grande ha sido el daño para mí y para mis amigos. Queríamos sacar de la sala el cuerpo de Rudigero, pero no quisieron acceder los guerreros de Gunter.»

«¡Oh! ¡qué dolor para mí! ¿ha muerto Rudigero? Nunca ha sido tan grande mi desgracia. La noble Gotelinda es tía mía. ¡Pobres huérfanos, los que quedan en Bechlaren!»

Dolor y pena les causó aquella muerte, y sin poderse contener el héroe rompió á llorar. «¡Oh! ¡qué buen apoyo he perdido! ¡nunca dejaré de acordarme del guerrero del rey Etzel!»

«¿Podéis decirme de una manera cierta, maestre Hildebrando, quien es el guerrero que lo ha matado?» El le contestó: «El fuerte Gernot, pero el rey fué muerto también por mano de Rudigero.»

Le dijo á Hildebrando : « Decid á los míos que se armen pronto ; quiero ir yo mismo. Decidles que me traigan mi brillante armadura de combate : quiero preguntar yo mismo á los héroes de Borgoña. »



El maestre Hildebrando le respondió : « ¿ Quién irá con vos ? Todos los que tenéis vivos , los véis á vuestro lado : yo soy el último de ellos ; los demás han muerto. » Se aterró con esta noticia y tenía motivos para ello ,

pues nunca en la tierra sintió tan amarga pena. Exclamó : « ¡ Si todos mis hombres han muerto , es que Dios abandona al infortunado Dietrich ! Yo era un rey rico , noble y elevado. »

Dietrich añadió : « ¿ Cómo ha podido ser que los hayan matado á todos esos héroes cansados del combate y reducidos al último extremo ? ¡ Si no me persiguiera la desgracia aun no habrían muerto !

« Ya que la suerte no me ha querido ayudar , decidme al menos , ¿ vive aún alguno de esos extranjeros ? » El maestre Hildebrando respondió : « Dios sabe que no viven más que Hagen y el altivo rey Gunter. »

« ¡ Oh ! ¡ querido Wolfhart , á quien he perdido ! nunca sentiría el haber dejado de nacer. Siegstab, Wolfwein, y también Wolfbrand ; ¿ quién me ayudará ahora en el país de los Amelungos ?

« Helferic el fuerte ha sido muerto también , ¿ cómo lloraré á Gerbart y á Wichart ? Hoy es mi último día de alegría. ¡ Oh ! ¡ triste de mí ! ¡ qué nadie pueda morir de dolor ! »

## XXXIX.

DE COMO MURIERON GUNTER , HAGEN Y CRIMILDA .

**E**l mismo señor Dietrich cogió su armadura que le ayudó á ceñirse el viejo Hildebrando. Aquel fuerte hombre lloraba , y su voz hacia retemblar todo el palacio.

Pronto recobró toda su energía el valeroso guerrero , y el buen héroe se armó dominado por la cólera : embrazó el escudo y marcharon juntos él y el maestre Hildebrando.

Hagen de Troneja dijo : « Veo que se acerca el señor